



ELLY
Griffiths



LOS MISTERIOS DE
JUSTINA JONES

Secretos en el internado



MAEVA  young

Título original: *A GIRL CALLED JUSTICE*

© Elly Griffiths, 2019
© Nan Lawson, 2019
© Traducción: José C. Vales, 2022
© MAEVA EDICIONES, 2022
Benito Castro, 6
28028 MADRID
www.maeva.es

MAEVA defiende el *copyright*©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN: 978-84-18184-98-7

Depósito legal: M-48-2022

Maqueta y adaptación de cubierta: Gráficas 4, S.A.

Impresión y encuadernación: Huertas, S.A.

Impreso en España

Si tienes un club de lectura o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás guías de lectura de algunos de nuestros libros. www.maeva.es/guias-lectura

MAEVA apuesta para frenar la crisis climática y desea contribuir al esfuerzo colectivo y permanente de proteger y preservar el medio ambiente y nuestros bosques con el compromiso de producir nuestros libros con materiales sostenibles.

Para Alex y Juliet

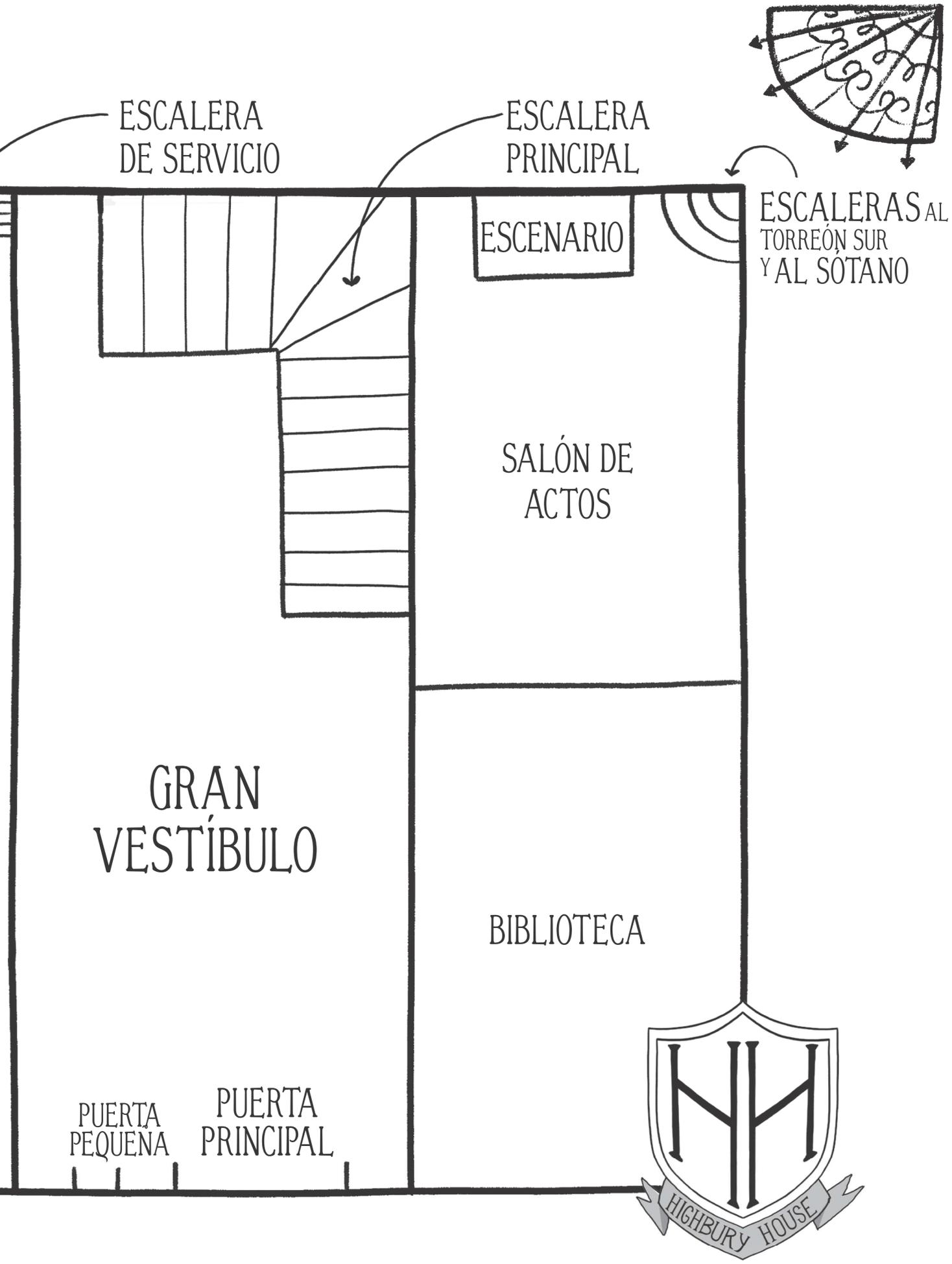


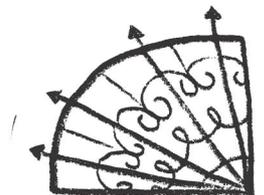
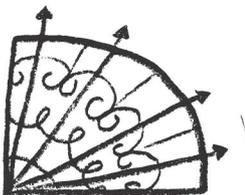
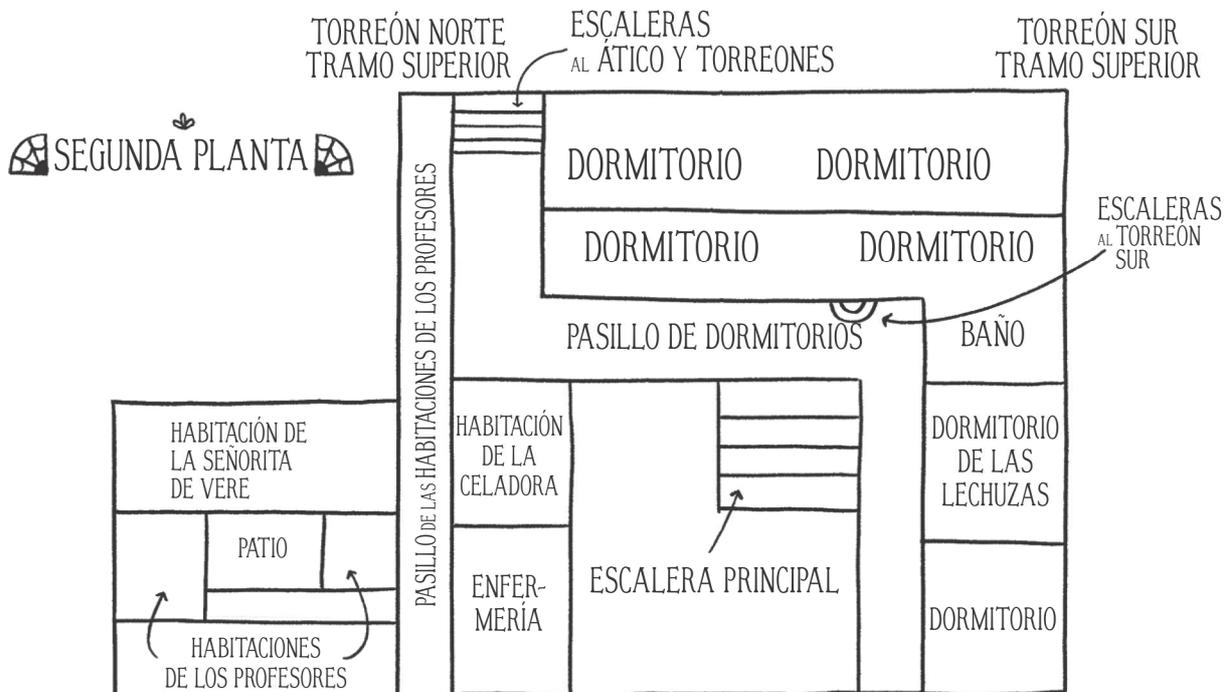
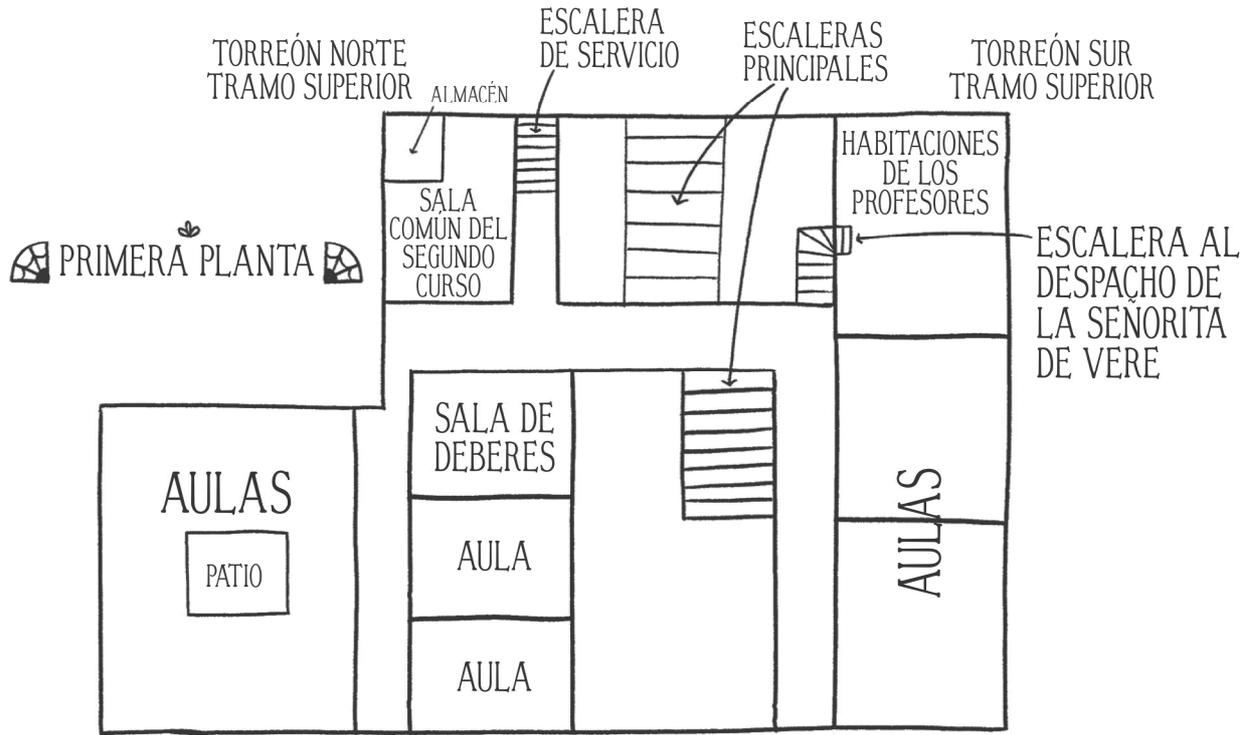
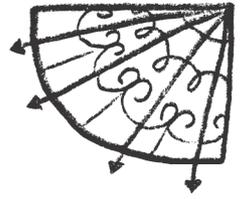
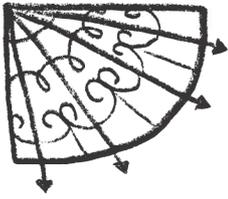
Highbury House

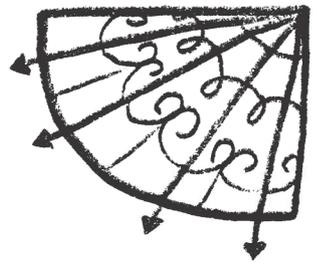
Escuela para señoritas de buena familia

(PLANTA BAJA)









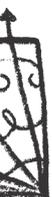
CAPÍTULO 1



9 de octubre de 1936

En cuanto vio la escuela, Justina Jones supo que el lugar tenía posibilidades de ser el escenario de un asesinato. Aunque se guardó aquella idea para sí misma, por supuesto. El taxista podía ser perfectamente un espía. Para ser justos, el hombre apenas había dicho nada, aparte de proferir una especie de gruñido cuando cargó el baúl de la muchacha en el maletero, pero ella no iba a aceptar el silencio como prueba de inocencia. Como decía la investigadora privada Leslie Light: «Lo que tu sospechoso no dice: eso es lo que tienes que escuchar».

Se podía ver la escuela desde varios kilómetros de distancia: era una silueta amenazante, con torreones en cada esquina. Parecía como si la hubiera construido



alguien que quisiera dejar claro que «la escuela es un asunto serio», «la escuela no es diversión», «la escuela en realidad se parece mucho a una cárcel». Justina observó el edificio fijamente, desafiándolo a que se atreviera a intimidarla.

«El edificio solo parece tan grande —pensó— porque el terreno de alrededor es muy llano». Eran las marismas Romney, eso era lo que decían los mapas, pero lo único que podía ver era interminables campos grisáceos, sin nada que llamara la atención y casi sin color, fundiéndose casi con el cielo. Supuestamente el mar andaba por allí, pero no podía verlo, aunque oía las gaviotas en la lejanía, graznando al viento con gritos destemplados. Se dijo a sí misma que, por fortuna, ella no era de las que se asustan fácilmente, porque si hubiera en el mundo un lugar que resultara de verdad aterrador, ese sería el Internado Escolar Highbury para señoritas de buena familia.

Tomó su diario y escribió:

PRIMERAS IMPRESIONES SOBRE HIGBURY HOUSE

Parecidos: castillo de Drácula o una prisión.

Terrenos circundantes: totalmente planos. Como mi ánimo.

Solo hay una empresa de taxis: Nye e Hijo. Supongo que me está llevando Nye, y no su hijo, porque debe de tener

cien años. Y seguramente es un espía. Posibilidades de escapar del colegio sin ser vista: minimas. Por otra parte, posibilidades de que aqui se perpetre un asesinato: altisimas.

—Ya casi estamos —dijo Nye de repente.

Justina miró el reloj. Solo eran las cinco de la tarde, pero ya era prácticamente de noche. Eso es lo que pasa cuando se empieza en un nuevo colegio en octubre, por supuesto.

—¿Cómo es Highbury House? —preguntó aprovechando la ocasión para obtener alguna información general de una valiosa fuente local—. Nunca he ido a un internado.

En realidad, no había ido a ningún tipo de escuela.

Nye permaneció en silencio durante unos segundos, mascullando bajo su enorme bigote gris. Y luego dijo:

—No suelo ver a la gente del colegio. Aunque mi hermano vino aquí la semana pasada.

—¿Ah, sí? —dijo Justina—. ¿Es también taxista?

—No —dijo Nye dando un volantazo para evitar una garza que volaba demasiado bajo—. Es el enterrador de por aquí.

—¿Enterrador? —preguntó—. ¿Es que ha muerto alguien?

Pero Nye no contestó y el resto del camino lo hicieron en silencio.

Observaba cómo aquellas torres sombrías se acercaban cada vez más y más. El cielo se iba oscureciendo y una luna siniestra se asomó tras unas nubes. Nye se detuvo y salió del coche para abrir una gran verja de hierro; había un monstruo alado de piedra a cada lado de la cancela. Justina se dio cuenta de que Nye tenía llave. «¿Qué clase de colegio tiene a sus alumnos encerrados?»

El cartel de las puertas apenas era legible en la oscuridad.

Highbury House
Internado para señoritas
de buena familia

Pero ¿qué era eso de «buena familia»? Tuvo la premonición de que ninguna de las personas que vivían en aquella mansión de piedra gris sería «de buena familia» precisamente.

Nye cruzó la verja con el coche y enfiló el camino de la entrada. Parecía que no iban a llegar nunca. Creyó ver algo que parecían campos de juego (no tenía mucha idea de deportes), cobertizos y un invernadero. Luego se detuvieron ante un enorme portalón de roble. Nye

se bajó rápido del vehículo —sorprendentemente rápido para ser alguien tan viejo—, sacó el baúl del maletero y farfulló lo que podría haber sido algo como «Adiós» o incluso «Buena suerte». Y un minuto después el vehículo se alejaba dejando a Justina allí plantada, delante de las puertas cerradas a cal y canto.

¿Se suponía que tenía que llamar o qué? Mientras esperaba, con el aliento convirtiéndose en niebla por el frío, vio que un pájaro negro —¿o era un murciélago?— daba vueltas alrededor de uno de los torreones. Quiso darse media vuelta y salir corriendo, pero Nye había desaparecido y, además, ¿adónde iba a ir? «Amarra tu valor a los escollos más aventurados.» Justina nunca había estado muy segura de qué significaba aquello, pero era una cita de *Macbeth* y le parecía recordar que aquella obra de teatro no acababa demasiado bien.

La muchacha seguía allí plantada, dubitativa, cuando se abrió entre chirridos un postigo más pequeño que había en el portalón grande. Una silueta, diminuta y sin embargo amenazadora, se recortó en el umbral.

—¿Eres Joan? —preguntó aquella figura.

—No —contestó.

La mujer, a la que por fin pudo ver y que llevaba un uniforme de celadora, consultó un listado:

—Aquí dice «Joan Justina». Nueva alumna.

—Me llamo Justina —dijo—. Justina Jones.

—Oh. —La mujer pareció enojarse—. Supongo que será un error. Te hemos apuntado como Joan.

—Puede que se confundieran con mi apellido: Jones. Pero mi nombre es Justina —dijo—. Mi padre es abogado.

—Eso ya lo sabemos —replicó la mujer—. Herbert Jones, abogado consejero de la reina. Es bastante famoso, ¿no?

—Ha defendido a muchos asesinos —dijo la niña. La mujer le lanzó una mirada furiosa, como si le hubiera molestado la desfachatez de la joven.

—Soy la celadora —dijo sonriendo de repente y mostrando todo el sarro amarillento de los dientes—. Hutchins se ocupará de tu baúl.

Mientras lo decía, apareció un hombre por una esquina. Parecía que medía tres metros de alto y tenía unos hombros enormes y una cabeza pequeñísima, lo cual resultaba desconcertante. La mirada que le lanzó a Justina podría haber sido poco amistosa, o quizá solo sintiera lástima por ella: era difícil saberlo. Intentó esbozar una sonrisa que aquel hombre no le devolvió. Hutchins cogió el baúl con una mano y se alejó caminando torpemente con él.

—Entra, Justina —dijo la celadora intentando trasladar la impresión de que la muchacha había llegado tarde

y ella había tenido que esperar—. Hutchins cerrará las puertas enseguida.

Y, cogiendo su equipaje de mano y su palo de *lacrosse*, la chiquilla cruzó el umbral de Highbury House.

Se encontró de pronto en un vestíbulo enorme, revestido de madera, en el que había eco. Una amplia escalinata conducía a la parte superior, junto a sombríos retratos de gente que miraba como si hubieran estado muertos desde siempre. Una armadura completa llamaba la atención junto a una gran chimenea de piedra en la que solo había un tronco ardiendo. A Justina le entró un escalofrío. Hacía tanto frío allí dentro como fuera.

—Le he pedido a Eva que se ocupe de ti —dijo la celadora—. Está en la sala común de las chicas de segundo.

Eso significaba que Eva era de su misma edad. Doce años. Puede que Eva tuviera ya trece. A Justina le habían dicho que estaría en segundo y había sentido cierto alivio al saber que, al menos, no sería la más pequeña del colegio. Había ocho cursos en Highbury House, desde primero a sexto y sexto superior, a los que había que añadir otro curso que inexplicablemente se llamaba «la reválida».

—Estoy deseando conocerla —dijo.

La celadora pareció verdaderamente asombrada ante semejante idea. Era evidente que había sido un error abrir la boca.

—¿Tienes certificado de salud?

Justina lo buscó en su bolsa de mano y se lo entregó.

—Bien. Ven conmigo —dijo la celadora.

Justina intentó elaborar en su cabeza un mapa del camino que seguían, pero le fue imposible. Pasaron por varias puertas, cruzaron un pequeño patio (con unas cuantas plantas mustias y azotadas por el viento), atravesaron lo que evidentemente era un gran salón comedor o refectorio, subieron una escalinata de piedra, recorrieron un pasillo revestido de madera y, al final, llegaron a una pequeña sala con asientos en los alféizares y sofás descoloridos. Eva estaba sentada, expectante, en uno de los sillones.

—Eva, esta es Justina —dijo la celadora—. No Joan, sino Justina.

—¡Caramba! —dijo Eva con los ojos como platos.

Eva era una chica pequeña, con el pelo color rubio oscuro. Llevaba puesta una chaqueta marrón con ribetes dorados. Debajo, una blusa de rayas amarillas y blancas. También vestía una falda marrón y unos calcetines largos del mismo color. Aun así, no pensó que aquella chica estuviera loca: era el uniforme del colegio. Justina llevaba el suyo en el bolso de mano, pero no se había atrevido a ponérselo todavía.

—Eva te enseñará tu dormitorio —dijo la celadora—. La colación es a las seis. Adiós, chicas.

Esa sonrisa... otra vez.

—¿Qué es la colación? —dijo Justina cuando la celadora se marchó.

—Es la cena —dijo Eva—. Niños muertos, sobre todo.

—¿Niños muertos?

—Una especie de pudín —dijo Eva—. Por cierto, estás en mi dormitorio. El dormi de las Lechuzas. Somos todas superamigas. ¿Quieres que te lleve?

—Por favor —dijo cogiendo su bolsa de mano. Se sintió ligeramente desconcertada ante tantas expresiones extrañas a la vez. ¿Lechuzas? ¿Dormi? ¿Niños muertos? ¿Qué significaba todo aquello?

Por el camino, Eva le dijo que tenía doce años y que ya llevaba un año en Highbury House, y que había estado en la primaria privada antes. Su mejor amiga era Nora y ambas adoraban a Helena Bliss, la delegada del curso.

—¿Y qué hacen los tuyos? —preguntó Eva mientras subían otra escalinata de piedra más.

—¿Los míos?

—Tu *mater* y tu *pater*.

Justina parpadeó de incredulidad. Aquello era latín, ya lo sabía, pero hasta ese momento nunca había escuchado a nadie de su edad hablar latín en la vida normal. Aunque, para ser justos, ella no había oído antes hablar

mucho de nada a nadie de su edad. Imaginó que así era como hablaba todo el mundo allí.

—Mi padre es abogado, mi madre murió.

—¿Murió? —Los ojos de Eva se abrieron como platos—. ¡Qué horror!

—Bueno, fue hace un tiempo... —dijo la muchacha. En realidad, había ocurrido hacía solo un mes, pero no le gustaba decirlo en voz alta. Para empezar, al decirlo, la muerte de su madre se hacía más real. Por otro lado, la gente que le mostraba su compasión la hacía llorar y, si había una cosa que no quería hacer en Highbury House, era llorar—. Mi madre me enseñaba en casa —dijo cambiando de asunto—. No he ido nunca a la escuela.

—Oh, pobrecita. —Eva le apretó el brazo, pero luego, gracias a Dios, la soltó—. Te encantará esto. Es genial.

Más pasillos, más escaleras pequeñas y raras. «Asegúrate de saber dónde está la salida más próxima.» Eso es lo que Leslie Light decía en *El caso del hotel embrujado*. Pero Justina estaba completamente perdida en aquel edificio extraño y laberíntico. De todos modos, tendría la posibilidad de resolver su propio misterio.

—Eva —dijo alcanzando a su guía—. El señor Nye, el taxista, dijo que alguien había muerto recientemente. ¿Sabes algo de eso?

Eva se volvió. Su rostro había cambiado de algún modo, pero Justina no podría decir en qué sentido exactamente.

—Fue Mary —susurró—. Era una criada. La señorita De Vere dijo que no habláramos de ello.

Eva se detuvo junto a una puerta medio disimulada por el revestimiento de madera.

—Aquí está nuestro dormitorio. ¿No es genial? —presentó abriendo la puerta.

Observó aquella habitación alargada. Había cinco camas separadas por tabiques pintados de blanco. Las ventanas eran muy pequeñas y estaban en la parte de arriba. La única luz de la sala era una bombilla que había en el extremo de la habitación.

Eva miraba a Justina y, evidentemente, estaba esperando una respuesta.

—Genial —dijo.

Cuando Eva fue al baño y dejó a Justina sola para que se cambiara de ropa, la nueva alumna actualizó su diario:

PRIMERAS IMPRESIONES DE Highbury House

Parecidos: castillo de Drácula y una prisión

Terrenos circundantes: totalmente planos. Como mi ánimo.

Solo hay una empresa de taxis: Nye e Hijo. Supongo que me está llevando Nye, y no su hijo, porque debe de tener cien años. Y seguramente es un espía. Posibilidades de escapar del colegio sin ser vista: minimas. Por otra parte, posibilidades de que aqui se perpetre o haya perpetrado un asesinato: altisimas.

IMPRESIONES DE Highbury House (cont.)

Nye: es el hermano del enterrador. ¿Sabe más de lo que cuenta?

Celadora: su mirada no cambia cuando sonríe. Sabe cosas de papá. (¿Sospechoso?)

Hutchins: fuerte, conocerá los secretos de la casa.

Eva: pequeña, algo simple. Se asustó cuando mencioné a Mary.

Mary: la cuestión... ¿la asesinaron?